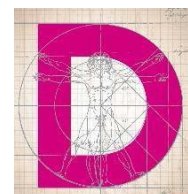


*Digilec* 1 (2014), pp. 263-268

Fecha de recepción: 12/06/2014

Fecha de aceptación: 22/08/2014

DOI: <https://doi.org/10.17979/digilec.2014.1.0.3678>



e-ISSN: 2386-6691

## Jurgen and the Arthurian legend

Arturo Rodríguez López-Abadía

Universidad de Bolonia

*Jurgen, a comedy of justice*, by James Branch Cabell is one of the most classical pieces of American fantastic literature and has inspired many writers, especially Terry Pratchett, that follows the idea of parodying medieval-inspired countries with a touch of magic, displayed mostly for laughs.

Jurgen tells the story of a pawnbroker/poet that one day makes the Devil a favour and the Devil, grateful, grants him for a period of one year the possibility of returning to his youthful self to enjoy life and have love adventures. In the fantasy-medieval land where he lives, the Arthurian legend is real, and he will encounter the great characters such as Guinevere or Anaitis, the Lady of the Lake and have love affairs with every single one of them. But, at the end of this period, he returns home with some material for his poetry and to the normal life of a miserable married man.

James Branch Cabell was a very well read scholar who knew all the myths of the Arthurian cycle and the greek mythology, and that is well displayed, with Jurgen finding not only Arthurian characters, but greek mythological figures as well, such as centaurs like Nessus. Besides this legendary knowledge, he was also acquainted with classical European authors: Rabelais, Voltaire and Erasmus are clearly perceivable in Cabell's prose.

The book also comes with beautiful drawings by Frank Papé, an illustrator whose technique varies according to the type of effect needed: darker and more detailed sketches for the most dramatic scenes, and lighter, thinly drawn pictures for the lighter and more comedic passages of the novel.

One of the most memorable passages of this classic novel that we are now rescuing is Chapter 25, where Jurgen crosses paths with the Master Philologist at Anaitis' court. Erasmus' opinion on philologists is very perceivable throughout the chapter, where philologists are presented as nothing more than glorified charlatans, being able to convince the very skeptical Jurgen of embracing the word and dropping the sword to pursue his adventures. The Master is so convincing that Jurgen doesn't want to hear Anaitis reasons to keep the sword (the magical Caliburn, no less) and stay with her, making his departure all the more jarring and fun, for the parchment with a sorcery the Philologist gave Jurgen was not a sorcery and it didn't even make any sense.

The characters that the reader will find in this chapter are Jurgen, the protagonist; Anaitis, the Lady of the Lake, sovereign of her own island; and the Master Philologist, member of Anaitis' court. The form this chapter takes is mostly dialogue, which helps a fast reading and emphasizes the importance of the word against other means and makes abundantly clear that words are human constructs that can be used as weapons or tools, as the Philologist explains.



Fig.1 Thragman y Ginebra. F.C. Papé

With this pages, Cabell points out that people who use words as their only means of fight are sophists in anything but the name: philologists, lawyers, politicians, professors, businessmen, snake oil salesmen...

## Capítulo XXV

## Los sortilegios del Maestro Filólogo

Pero ahora, como consta en los registros, era septiembre, y Jurgen podía notar que Anaitis se estaba preocupando demasiado por algo. Se lo ocultó todo el tiempo posible: primero decía que no era nada en absoluto, luego que lo sabría lo bastante pronto, luego lloró un poco por la posibilidad de que él se alegrase de oírlo, y por fin se lo contó. Pues al convertirse en consorte de un mito de la naturaleza vinculado a la luna, Jurgen se había expuesto al peligro de que los filólogos lo convirtiesen en una leyenda del sol y que en tal caso se vería obligado a abandonar Cucaña al llegar el equinoccio para adentrarse en aventuras otoñales en otra parte. Y a Anaitis se le partía el corazón bastante ante la perspectiva de perder a Jurgen.

“Pues nunca he tenido un príncipe consorte así en Cucaña, tan enloquecedor, tan desvalido y tan listo; y a las chicas les encantas, aunque nunca se hubiesen llevado bien con ninguno de sus padrastros. Y sé que eres frívolo y no tienes corazón, pero me has dejado inservible para otros hombres. No, Jurgen no hay por qué discutir, pues últimamente he experimentado por lo menos con una docena de amantes, cuando estaba de viaje y me aburrían de manera insufrible. No tenían, como tú sueles decir, conversación: y eres el único joven en todas estas eras con el que podía hablar de forma interesante”

“Eso tiene una razón de ser, pues como tú, Anaitis, yo no soy tan joven como parezco”

“Me importan un comino las apariencias”, lloraba Anaitis, “sé que te quiero y que me tendrás que abandonar con el Equinoccio a menos que aclares las cosas con el Maestro Filólogo”

“Bueno, pequeña,” dijo Jurgen, “los judíos tomaron Jericó a base de intentarlo.

Se armó y ciñó la espada Caliburn, bebió un par de botellas de vino, se puso la túnica de Neso y se fue a buscar a su taumaturgo.

Anaitis le mostró el camino a una residencia sin pretensiones, donde estaba tendida la colada de una semana, secándose en el jardín lateral. Jurgen llamó a la puerta vigorosamente, y tras un intervalo, abrió la puerta el Maestro Filólogo en persona.

“Perdonadme la informalidad”, dijo pestañeando bajo sus grandes espejuelos polvorientos: “pero el tiempo se detuvo por aquí un jueves por la mañana, así que la doncella va a estar ausente por tiempo indefinido. Sugeriría, pues, que la dama espere en el porche. No sería respetable que los vecinos la viesen entrar”

“¿Sabéis por qué he venido?”, dice Jurgen, fanfarrón y espléndido con su resplandeciente túnica y reluciente armadura. “Te aviso, pues, que soy la Justicia”.

“Me parece que mientes y que haces un ruido innecesario. En cualquier caso, justicia es sólo una palabra y yo las controlo todas”

“Pronto descubrirá, señor, que las acciones hablan más alto que las palabras”

“Así lo creo”, dijo el maestro Filólogo aún parpadeando “pues la turba judía habló más alto que Él, que fue crucificado. Pero el Verbo permanece”

“¡Sois un liante!”

“Sois mi invitado, así que amablemente os sugiero que no impugnéis el poder de mis palabras”

Responde, desdeñoso, Jurgén : “¿Pero entonces la justicia ¿es solo una palabra?”

“Sí, claro, es una de las más útiles. Es la española *justicia*, la portuguesa *justiça*, la italiana *giustizia*, todas del latín *justus*. Oh, desde luego que la justicia es una de mis palabras mejor conectadas y entrenadas, os lo puedo asegurar”.

“Ajá, ¿y a qué degradados usos ha sometido a esta pobre, esclavizada e intimidada justicia?”

“Sólo hay un uso inteligente” dijo impertérrito el Maestro Filólogo “que uno pueda hacer de las palabras. Os lo explicaré si salís conmigo de esta traidora quinta. Nunca se sabe a qué puede llevarnos un resfriado”

La puerta se cerró tras ellos y Anaitis esperó fuera con alguna inquietud.

Y entonces salió Jurgén de esa residencia sin pretensiones y volvió con Anaitis algo desconcertado. Jurgén arrojó al suelo su espada mágica, la encantada Caliburn.

“Esto, Anaitis, es un arma desfasada. No hay arma como la palabra, no hay armadura contra las palabras, y con palabras me ha conquistado el Maestro Filólogo. No es del todo equitativo, pero el hombre me enseñó un enorme libro donde estaban los nombres de todas las cosas del mundo y la justicia no estaba entre ellas. Se colige así que la justicia es un nombre común que denota vagamente una idea ética de la conducta adecuada según las circunstancias de individuos o comunidades. Es, como ves, una noción de gramáticos”

“Pero, ¿qué ha decidido sobre ti, Jurgén?”

“¡Ay, Anaitis! Ha decidido que, a pesar de todo lo que yo pueda hacer, Jurgén deriva de *jerga* indicando un parloteo confuso como el de los pájaros al amanecer: y así, implacablemente, el Maestro Filólogo me convierte en leyenda del sol. Y así se zanja el asunto y tenemos que separarnos, cariño”

Anaitis tomó la espada. “Pero si esto es valioso, pues el hombre que la empuñe será el guerrero más poderoso”

“Es un junco, una ramita podrida, una cerda de escoba contra las insidiosas armas del Maestro Filólogo. Pero quedatela si quieres, cariño, y dásela a tu próximo príncipe consorte. Me avergüenza haber trasteado con tales juguetes” dice Jurgén con molesto enfado “y además, el Maestro Filólogo me asegura que llegaré más alto con esto”

“¿Qué hay en ese trozo de pergamino?”

“Veintiocho de las palabras del propio Maestro Filólogo, las que le supliqué. ¿Ves, cariño?, de su puño y letra me hizo este sortilegio”. Y Jorgen, impresionado, leyó el pergamino: “A la muerte de Adriano Quinto, Pedro Juliani, que debería llamarse Juan Vigésimo, fue elevado al solio pontificio por un error de reconocimiento y llamado Juan Vigésimo primero”

Anaitis dijo, con la mirada vacía: “¿Eso es todo?”

“Pues claro, y seguro que estas veintiocho palabras serán suficientes para las más de las cosas que deba hacer”

“Pero, ¿es magia? ¿Estás seguro de que es magia de verdad?”

“He aprendido que hay magia en las palabras”

“Bueno, si me pides mi opinión, Jorgen, tu sortilegio es una tontería que no le puede ser de utilidad terrenal a nadie. Sin fanfarronear, querido, pero en su momento manejé bastante magia negra y nunca vi un hechizo como este”

“Aún así, cariño, es un sortilegio, pues si no, el Maestro Filólogo no me lo hubiera dado”

“Pues como la necesidad lo ordene”, dice Jorgen mientras se mete el pergamino en el bolsillo de su reluciente túnica, “sí, reitero, siempre hay algo que hacer con las palabras, y aquí hay veintiocho palabras auténticas del Maestro Filólogo, por no hablar de las comas y el punto final”.

“Nosotras las mujeres tenemos una fe más firme en la espada”, respondió Anaitis. “En cualquier caso, no me puedo quedar indefinidamente en el porche de este taumaturgo”.

Así Anaitis recogió a Caliburn y se la llevó de la residencia sin pretensiones del taumaturgo a su bello palacio del viejo bosque crepuscular: y más tarde, como todo el mundo sabe, le dio la espada al rey Arturo, que con su ayuda se convirtió en uno de los Nueve de la Fama. Y así el marido de Ginebra se ganó eterna fama con aquello que Jorgen había desechado.



Fig.2. Anaitis F.C. Papé (Jurgen 1921)